



## LA SEDUCCION TOTALITARIA

Contardo Calligaris

### Parte I

Sigo trabajando sobre la cuestión de las perversiones y particularmente de las perversiones como patología social y no sexual. Por otro lado, estoy yendo un poco más adelante en este trabajo y esto es lo que quiero traer hoy principalmente, es lo que estoy pensando ahora, la dirección en la cual estoy trabajando.

Intenté pensar en términos que sean lo menos técnicos posibles, de manera que no sea una conferencia solo para analistas. Va a tratar de ser sobre todo propuestas, ideas, elementos de reflexión, esperando encuentre alguna forma de eco y suscitar un poco de trabajo.

Tomaré las cosas a partir de una persona, que encuentre extremadamente interesante, el funcionar Albert Speer. Voy a tomar principalmente mis ejemplos de la historia del nazismo por una razón simple: soy europeo. El llamado Albert Speer, Uds. se acuerdan tal vez, fue el primer arquitecto de Hitler y después ministro de armamentos Reich; dirigió en los últimos años de la guerra, el esfuerzo bélico e industrial del Tercer Reich. Fue preso al final de la guerra, y condenado a 20 años de prisión que pasó en Spandau. Durante ese tiempo escribió mucho: primero su autobiografía política, después, un diario muy interesante. A pesar del hecho que las cuestiones que nos interesan sean centrales en todos sus escritos, desde el primero que más que su autobiografía, es su autodefensa en el proceso de Nüremberg (la verdad es que más que una autodefensa es una autoacusación), me voy a referir particularmente a un texto que presenta muy bien el nudo de su forma de lidiar con lo que sucedió con él. Es un texto de entrevistas cuyo título misteriosamente, en la traducción francesa, acabó siendo *L'inmoralité du Pouvoir, La inmoralidad del Poder*, pero cuyo título en alemán era *Technik und Macht, Técnica y Poder*.

Desde el proceso de Nüremberg, Albert Speer, que se revela una persona fundamentalmente honesta, tiene dos preocupaciones. La primera es explicar lo que sucedió, la segunda es ético-política –y desde este punto de vista lo encuentro valioso–. Él toma la posición siguiente; la responsabilidad de lo que sucedió es una responsabilidad colectiva de todos los dirigentes del partido nazi, entre los cuales él se incluye, pero no es de ninguna manera una responsabilidad colectiva del pueblo alemán, hasta para los crímenes de guerra sobre los cuales eventualmente él no supiera nada, cualquier dirigente nazi sería responsable y él mismo también lo sería; se trata de una posición deliberada, porque él mismo tenía una gran preocupación sobre el futuro de Alemania.

Creo, a pesar de todo, porque puede ser discutido, que una parte del horror, particularmente el genocidio fue revelado para él en el proceso mismo por todos los documentos que fueron presentados en la acusación. Por lo menos pienso que sobre esto él había conseguido una forma particularmente exitosa de represión, entonces sobre esto podría



decir que en verdad no "sabía". Pero de cualquier forma estaba envuelto en una parte importante de los crímenes de guerra, porque, en tanto ministro de armamentos, por ejemplo, en lo que se llamaba Programa TOT, programa de deportación masivo de población civil, de trabajadores ocupados, todo esto estaba directamente relacionado a su jurisdicción. De cualquier forma, Speer reivindica su responsabilidad hasta sobre el horror del cual el pretende no haber "sabido".

Pero volvamos a su primera preocupación. La explicación de Speer sobre lo que sucedió en el título de las entrevistas que cité. Lo sucedido fue un efecto del desenvolvimiento de la técnica moderna: su respuesta es esta. Y desde la autodefensa en el proceso de Nüremberg su posición podría ser resumida así: la guerra era inevitable porque estaban los medios técnicos para hacerla. Un argumento muy interesante que da para pensar inmediatamente que podría ser central en la posición pacifista de hoy. Por ejemplo: si tienen los medios para hacerlo entonces hay que hacerlo. Y es ciertamente en esa época que se origina algo que va a ser llamado un poco más tarde, particularmente en los años 60, tecnocracia. Es verdad que la palabra "los técnicos", para designar por ejemplo las personas que estaban organizando el genocidio, era una palabra absolutamente común. Me parece que, a pesar de esto, la posición de Speer es problemática, como seguramente muchos de entre Uds. ya pensaron. Es una postura que está vinculada con muchas posiciones filosóficas conocidas, posiciones contra la técnica, desde los Heideggerianos hasta Hanna Arendt. Me parece que los filósofos advertirán inmediatamente en qué estoy, pensando. Hay una serie de personas pensando en esa dirección, ya en Jaspers en verdad hay cosas óptimas en ese sentido. Pero, a pesar de esto, pienso que esta proposición, la técnica en cuanto tal implica su ejercicio (porque es de esto de lo que se trata: si están los medios técnicos para hacer la guerra, la guerra tiene que existir) es problemática, y más que eso, no podemos creer en ella. En otras palabras, no creo suficiente pensar que el desenvolvimiento técnico en cuanto tal sea alienante. Pienso, y me voy a detener un momento sobre este punto, que para explicar lo que sucedió precisamos introducir algo más del lado de una cierta forma específica de alienación del sujeto, específica, porque voy a usar este término en un sentido que no es ni marxiano, ni marxista, ni propiamente lacaniano.

¿Qué sería esta cosa específica para intentar entender cómo el desenvolvimiento de la técnica –que en tanto tal no produciría una alienación al ejercerla– acaba produciendo esta idolatría de la técnica o, más precisamente, esta idolatría de su funcionamiento del cual Speer mismo habla como centro de su explicación? Tomemos el caso de Speer. Un caso extremadamente interesante desde el punto de vista subjetivo; no creo que sea posible en esta conferencia intentar un cuadro psicológico de la persona de Speer, pero tenemos por lo menos algunas indicaciones interesantes. Era de la mejor sociedad alemana, de una excelente familia, lo que evidentemente no protege de nada, pero yo diría de un tipo de familia de la aristocracia, de la media y alta burguesía, alemana, francesa e italiana, que se tornaron antifascistas porque pensaban substancialmente que el nazismo y el fascismo eran negocios de muy mal gusto. No fueron de la oposición por razones sociales, pero, a pesar de saber eventualmente que los intereses a los que servía el fascismo eran los propios, ellos hallaron que era de demasiado mal gusto, así que fueron antifascistas estéticos, pero, antifascistas al fin.



Speer tenía todo para ser un antifascista estético, pero no lo fue: fue arquitecto de Hitler primero y finalmente ministro de armamentos. Sabía lo que todo eso implicaba. Por ejemplo, las deportaciones masivas. Sabía de los efectos de la guerra hasta en los detalles, porque conocía perfectamente la producción bélica. ¿Qué podemos pensar sobre esto?

Me parece extremadamente insuficiente pensar, sobre todo considerando lo que él escribió después, que lo que justificaría su entrada relativamente temprano en el nazismo habría sido una preocupación por su carrera. Me parece que no precisaba esto. Tampoco Speer había sido un gran sádico, alguien que encontrara una forma específica de goce en la idea de que estaba produciendo los instrumentos para matar millares de personas, por no decir millones. No hay nada de esto: era un excelente padre de familia, un hombre culto, sensible.

Entonces mi hipótesis va ser la siguiente: en el fondo, cuando el defiende la idea de que lo que aconteció fue a consecuencia del desenvolvimiento de la técnica en cuánto tal, está diciendo en cierto modo la verdad, evidentemente nunca toda la verdad. Tal vez podamos relacionar algo: lo que llama triunfo de la técnica, de la instrumentación, solo es triunfo en la medida en que los hombres mismos funcionan como parte de esta técnica, quiero decir funcionan como instrumentos. Para decir esto en otras palabras, pienso que donde él habla de efecto de la técnica (la guerra era necesaria porque existían los medios para hacerla) encuentro que podríamos hablar del efecto, del interés y de la pasión humana, en salir del sufrimiento neurótico banal alienando la propia subjetividad, o mejor, reduciendo la propia subjetividad a una instrumentalización. Esta pasión me parece una tendencia inercial de cualquier neurótico: la pasión de la instrumentalización.

Voy a tratar de explicar un poco lo que sería esta pasión de la instrumentalización y cuál sería su interés para el neurótico. Cuando hablo de la instrumentalización, quiero decir "ser instrumento". Aquí necesitare de un mínimo de psicoanálisis y lo introduciré del siguiente modo: en el fondo, muy en el fondo, resumiendo y reduciendo, lo propio de una constitución neurótica o de una, estructura neurótica, es el hecho de que el saber, el saber paterno, siempre está supuesto. Esto tiene una consecuencia muy importante; tal vez pueda parecer extraño para las personas que están fuera del campo del psicoanálisis, pero les voy a pedir paciencia porque las cosas tal vez acaben siendo comprensibles. La consecuencia del hecho de que el saber paterno en la neurosis sea siempre supuesto es que, si es verdad que el neurótico tiene un destino, quiero decir una determinación que el psicoanálisis verifica, por otro lado, es correcto que él está constantemente en la incertidumbre acerca de lo que quiere; incertidumbre sobre lo que él está queriendo, incertidumbre sobre lo que va a suceder. Esta incertidumbre nunca será resuelta, en el sentido que nunca va a conseguir lo que él quiere, menos aun lograría en algún momento saber lo que él quiere, es interesante notar desde este punto de vista, la posición tan frecuente de muchos pacientes que comienzan un análisis adoptando espontáneamente lo que para Freud era "la regla de abstinencia", diciendo que ellos van a suspender toda decisión importante hasta el fin del análisis porque ahí sabrán lo que quieren. Esta posición es sin esperanza, Hay otras esperanzas a las cuales el psicoanálisis introduce, pero sobre esto vamos a volver eventualmente después.



¿Por qué hay relación entre el hecho de que el saber paterno está supuesto y la incertidumbre de lo que se quiere? Porque, finalmente, el neurótico siempre corre detrás de alguna cosa que sería el pago final de la deuda que él tiene con el padre, entonces estando siempre supuesto, la carrera del neurótico es una carrera sin fin, una carrera orientada, pero sin fin. Lo que hace por otro lado, y lo comprobamos cada día, cuando queremos alguna cosa muy fuerte, que en la hora misma en la cual la conseguimos, sabemos que no era eso lo que queríamos. Seguramente en el fondo del drama del neurótico está esta incertidumbre acerca de lo que quiere, incertidumbre constitucional ligada al hecho de que el saber paterno está supuesto.

Hay un camino para salir de esto, un camino relativamente poco frecuentado, trabajoso, y algunas veces fastidioso, que es el camino del psicoanálisis, pero hay un camino un poco más fácil, es éste; si fuera posible que el saber paterno fuese no supuesto pero sabido, ahí las cosas serían diferentes. Si este saber fuese un saber sabido, de repente hasta podría ser un saber compartido entre nosotros, y del lado de lo que se quiere se podrían tener certezas. Sabríamos lo que hacer: es a esto lo que llamo instrumentalización, de los instrumentos de un saber sabido y entonces compartible.

Reunamos unas definiciones alrededor de la palabra sabido: de cualquier forma, en esta elección, no se trata de ninguna manera de llegar a saber lo que sería el saber paterno; el saber paterno es supuesto, no está escrito en ningún lado, entonces no se trata de llegar al saber de lo que antes estaba escondido. Se trata de construir un semblante de este saber, que nos va a permitir contar con un semblante de certeza, pero ese mismo semblante de certeza, es una salida de la neurosis, una salida del sufrimiento neurótico banal. A este tipo de salida la llamo perversión porque se trata de una usurpación del lugar paterno, transformando el saber supuesto en un saber sabido, que pueda ser compartido y todo esto en el campo del semblante, pero un semblante que puede ser perfectamente exitoso.

No se cómo, en este espacio breve que tenemos, conseguir explicar el hecho de que esta salida de la neurosis, es algo que para el neurótico no tiene precio, quiero decir que es una elección extremadamente cautivante.

Antes de volver sobre este asunto quería hacer las siguientes observaciones. Este semblante de saber construido puede ser cualquiera. Lo esencial es que sea sabido y compartido y que de pronto nosotros quedemos funcionando, sabiendo lo que tenemos que hacer, como instrumentos de este saber. Esto es lo esencial, el "contenido" de este saber no tiene la más mínima importancia. Además de esto, este semblante de saber, cuando está funcionando es necesariamente totalitario, en dos sentidos, pero por lo menos uno por el momento: el sentido por el cual necesariamente él tiene que extenderse, porque el hecho de haber personas, sujetos, que no reconocen este saber que estamos compartiendo, personas que no acepten funcionar como instrumentos de este saber, es algo que lo contradice, entonces él, sólo puede extenderse en un horizonte totalitario. Lo que por otro lado no es muy difícil porque en el fondo la muerte del sujeto que no estaría aceptándolo a este saber realiza el funcionamiento de este saber, porque reduce finalmente a este sujeto a la posición de



instrumento de este saber. Tomaré un ejemplo que para mí es cautivante por horroroso. Uds. se acuerdan de un libro muy conmovedor que saltó algunos años atrás en Francia llamado *Treblinka*; hay algo en este libro que es la imagen misma de lo que estoy diciendo: la estación de tren de Treblinka. Los que leyeron este libro seguramente se acuerdan de esto: Los alemanes construyeron en Treblinka, la llegada de los trenes, una falsa estación, que tenía la apariencia de una estación de tren, con todo: tenía puertas de toillettes, hombres, mujeres, no tenía nada atrás de la puerta, pero tenía toda la apariencia de una estación, tenía hasta un reloj –no hay estación sin reloj–, pero evidentemente era un reloj de madera, entonces marcaba siempre la misma hora. ¿Por qué construyeron esta estación? La idea podría ser que efectivamente evitaría una serie de intentos desesperados de revuelta en el último momento, porque las personas pensarían que llegaban a un lugar que no era un campo de exterminio. Pienso esta justificación insuficiente: por lo menos da para pensar que las razones logísticas –no tener que matar revoltosos cuyos cuerpos tendrían que ser después transportados– no justifica el esfuerzo de construcción de una estación. A menos que pensemos que lo más importante era que todo funcionase, que, yendo a la muerte, las personas ya estuviesen tomadas en una lógica instrumental.

Volvamos un momento a la cuestión que dejé, la pasión de la instrumentalización. Tengo por lo menos dos hipótesis que quería comentar. La primera, ya la dije rápidamente, la segunda es la siguiente: la satisfacción de esta pasión de la instrumentalización, esta salida de la neurosis del lado que llamo de perversión, no tiene precio para el neurótico. ¿Qué es lo que quiero decir con esto? Dije antes que esta salida promete y garantiza, en el campo del semblante, pero en este semblante funciona, una dimensión de goce exitoso, en la medida en que este goce no aparecería como insatisfactorio. Cuando digo que esto no tiene precio, quiero decir lo siguiente: en el fondo que un sujeto para funcionar en un sistema de este tipo, tenga que matar millares de personas, tirar niños contra una pared, quemar una casa llena de gente, esto es un precio que tal vez la mayoría de los neuróticos esté dispuesta a pagar para tener acceso a este tipo de funcionamiento.

## Parte II

Lo que estoy diciendo puede parecer enorme, pero voy a dar otra indicación en esa dirección. Hay otro libro de otro alemán, Rudolf Hoess que fue el comandante del campo de Auschwitz. Escribió sus memorias para justificarse y eventualmente disculparse. Estas memorias son extremadamente interesantes por la razón siguiente, el tenía una idea precisa de las acusaciones llevadas contra él en el proceso de Nüremberg, y sin embargo escribió memorias que aparentemente no responden a las acusaciones mismas. En el fondo la cuestión planteada a los criminales de guerra es la misma que nosotros, en cuanto analistas, estaríamos tentados a plantearle a este tipo de personas, Algo así: pero cómo Ud. podría gozar matando así, cómo ese goce fue posible. Entonces nos quedamos interrogando todo eso en la línea de lo que tradicionalmente se llamaría una perversión, interrogando al sujeto en la medida en que su constitución propia determinaría el hecho de que él acabe siendo un criminal de guerra.



En este camino, no se halla respuesta, y en verdad la respuesta de Hoess se resume en una palabra: yo era un funcionario ejemplar. Pero vean bien: eso no es una disculpa fácil, él mismo está respondiendo a la pregunta. El está diciendo: Uds. son los errados porque mi goce no era matar personas, mi goce era ser un funcionario ejemplar y, para ser un funcionario ejemplar hasta estaba dispuesto a matar personas.

Esto tiene algunas consecuencias en la actualidad reciente latinoamericana. Uds. conocen la cuestión del principio de obediencia debida en la Argentina. Considero esta cuestión extremadamente interesante, porque creo en el principio de obediencia debida, creo además que el goce de las personas envueltas estaba en el funcionamiento del aparato y no en la matanza. Pero de repente encuentro que la obediencia debida no es una disculpa, por el contrario es un agravante, o debería ser un agravante jurídico. Porque es justo ahí que está lo inaceptable: que, para poder conseguir una salida al sufrimiento neurótico banal, el neurótico pueda considerar que cualquier precio es bueno.

La segunda hipótesis es la siguiente: a pesar de haber elegido un ejemplo en el fondo del horror, pienso que esta pasión de la instrumentalización es el ordinario de la vida social, y su inercia natural.

Un paréntesis, volviendo a lo que hablábamos antes sobre Albert Speer. En la línea en que estamos andando, la cuestión de la responsabilidad está colocada de manera bien diferente a cómo él quería, pues la responsabilidad no puede ser considerada como siendo sola de los dirigentes.

Volvemos a la "inercia natural". Esta pasión de la instrumentalización, esta tentativa de salida de la neurosis funcionaría en nuestro cotidiano micro y macro asociativo: de hecho podemos pensar que en el fondo sólo conseguimos encontrar un semejante, la condición de salir de la neurosis por el lado de la referencia común a un saber sabido compartido, del cual podemos ser todos instrumentos. Esto es patente en la vida sexual cada vez que se tiene una relación sexual que aparentemente, sea exitosa, pero pienso que es también patente en la vida social. Con esto no estoy haciendo una crítica absurda de cualquier lazo asociativo. Pienso que cualquier lazo asociativo es inercialmente totalitario, inercialmente perverso y que es importante considerar esto, pero no pienso por esto que sea posible una vida exenta de cualquier lazo asociativo.

El problema está en este "inercialismo totalitario". El término totalitario, según dije antes, era para entender del lado de la extensión del lazo: quien no aceptase, podría ser reducido a instrumento del lazo, por ejemplo en la muerte. Pero el lazo inercialmente es totalitario de una otra forma también, y tal vez esto sea el asunto más importante: es totalitario en el sentido en el cual la tendencia natural va en dirección de la alienación total del sujeto a su posición instrumental. Quiero decir, la inercia normal del lazo social es que el sujeto sea cada vez más, nada más que un instrumento del funcionamiento del lazo.

Esto es algo que históricamente es evidente: el principio básico de un régimen totalitario es efectivamente una gestión total de la vida cotidiana, cualquier tipo de fascismo tiene esta ambición, comienza con la asociación de los niños, sigue con la asociación de los



niños más grandes, la de los adolescentes, la de los grandes, la de los jubilados, la asociación de los muertos. La esfera que se llama normalmente de la vida privada es algo que desaparece siempre. En este sentido se trata de reducir el campo neurótico de la subjetividad cada vez más, para llegar a una verdadera alienación en la cual un sujeto se sustenta sólo en su función de instrumento.

Voy a dejar este asunto que es un poco tierra conocida por una parte de Uds. para ir algo más adelante y sugerir una serie de consideraciones que me están ocupando en los últimos meses.

Retomemos brevemente la idea de que la constitución neurótica podría ser descripta como relación a un saber paterno siempre supuesto y entonces como una incertidumbre acerca de lo que se quiere. Desde este punto de vista saber lo que hacer consigo mismo como instrumento es evidentemente un privilegio. Pero tiene una diferencia, sobre la cual vale la pena pensar un poco, entre lo que es “querer ser” y lo que es “querer tener”. Esa diferencia, Uds. la conocen en la medida que frecuentan un poco el psicoanálisis y sobre todo el psicoanálisis lacaniano: el “querer ser” estaría mucho más del lado de la mujer, y el “querer tener” más del lado del hombre. Esto daría para hablar bastante, pues esta distinción es relativa a toda la cuestión de la sexuación. Es interesante por lo menos notar que a partir de esta diferencia por ejemplo la pasión por asociaciones está más del lado de los hombres que del lado de las mujeres, lo que es un punto a favor de las mujeres seguramente. Pero no es sobre este aspecto que me quería detener.

Hay algo que me parece como un cambio histórico muy importante porque creo que tiene consecuencias clínicas. Uds. Recuerdan seguramente el hecho de que –se trata de una novedad absoluta en la época– Marx abre el primer capítulo de “El Capital” con la definición del capitalismo como siendo una acumulación de mercaderías. Esta primera frase, del primer capítulo, introduce la cuestión de la teoría del valor, justamente. No es por casualidad, porque pienso que ella está marcando un pasaje de una sociedad de valores del lado del ser, a una sociedad que está del lado del tener.

¿Por qué encuentro esto importante? El hecho de que en nuestra modernidad la designación de lo que tiene función de ideal, de lo que estamos persiguiendo en cuanto neuróticos, esta definición esté más del lado del tener que del lado del ser, es una constatación sociológica que puede parecer completamente banal. Basta preguntarse lo que un hombre del siglo XIX habría respondido a la pregunta: ¿qué es ser un hombre? Ciertamente algo muy diferente de lo que responderla un hombre de nuestro siglo. La cuestión es la siguiente: del lado del ser, si no es alienándonos como instrumento de un saber, nunca vamos a encontrar la certeza. ¿Qué es ser un hombre? Imaginamos respuestas del lado del ser: bravura, coraje, honestidad, vamos a quedar en el campo de la incertidumbre, o sea de la constitución y cuestionamiento constante de ideales posibles e imposibles; pero del lado del tener puede haber respuestas ciertas puede haber un saber sabido posible, sabido y entonces compartido.

Encuentro que el pasaje del lado del ser para el lado del tener, es un fenómeno decisivo de nuestra modernidad y tiene una implicación importante relativa a lo que hablamos antes:



cuanto más lo que estábamos persiguiendo (el ideal fálico) está del lado del tener, tanto más el saber paterno va a presentarse como saber sabido y compartido.

Hay una consecuencia que formularla de la forma siguiente: tal vez ya estemos en una transformación del síntoma social, que para Freud es un síntoma social neurótico, en un síntoma social perverso.

Creo que no es por casualidad que surgen en verdad una serie de cuestiones clínicas que son específicas de nuestro tiempo. Estoy pensando en una cuestión específica, por ejemplo, no solamente de nuestro tiempo, pero de las sociedades capitalistas dichas avanzadas, de la adicción a la droga como tipo de relación a un objeto que pueda ser sabido en sí mismo. Lo que tiene de interesante este tipo de fenómeno es que por un lado aparece como marginación, entonces como rechazando justamente una sociedad en la cual los ideales fálicos serían del lado del tener y entonces sabidos. Pero que, por otro lado, en el rechazo mismo, la práctica adoptada va a ser justamente para la obtención de un objeto que pueda ser designado, sabido.

Me importa dejar como hipótesis final la idea que tal vez desde este punto de vista nuestro horizonte sea un horizonte totalitario en el sentido que dije, totalitario sin tener la apariencia de lo que llamamos históricamente fenómenos totalitarios.

Un horizonte que introduce la promesa de un goce satisfactorio en el semblante. Porque promete el acceso a un saber sobre lo que queremos y puede prometerlo, en la medida en que lo que queremos está del lado del tener. Si fuera así, nuestro hecho político estaría por un lado entre, la inercia del fenómeno totalitario, de la transformación progresiva del síntoma neurótico en un síntoma social perverso, y por otro lado, en una marginalidad, una marginación que lleva ella misma la marca justamente de lo que ella está rechazando. El hecho gracioso es que, si tuviéramos que tomar una posición en el medio de todo esto, lo creo difícil ya que sería en el fondo la defensa ideológica de la neurosis contra la perversión. El problema es que tal vez sea todavía más difícil y fatalmente irrisorio tomar la defensa del psicoanálisis como alternativa a la neurosis, y también como borde mismo de la salida de la neurosis del lado de la perversión.

Traducción del portugués Adriana Dreizzen. (Revisión técnica, Rebeca Hilert)